Trazos

Elsie Ruth Romanenghi de Powell

Ediciones Crecimiento Cristiano
Dirección postal: Casilla 3
5903 Villa Nueva, Cba.
Argentina

oficina@edicionescc.com
www.edicionescc.com

Primera edición: Marzo de 2005.

Impreso en los talleres de Ediciones Crecimiento Cristiano,

IMPRESO EN ARGENTINA

Prólogo

Porque el mundo que habitamos
también es
una composición
hecha de trazos...

Trazos confusos,
violentos y sabios,
Trazos de espera,
a veces dolientes
y otras
vitales y blandos.
Trazos de sueños
hechos a mano,
jirones de muerte
o delirio de abrazos,
trazos vencidos
rugosos, despiertos,
inútiles,
calmos.

Y allí
—casi ocultos
por el poder del espanto—
líneas
aristas
figuras
espacios:
trazos humanos,
muestras del genio
del Autor del trazo.

W. W

¿Qué podemos encontrar en las páginas que siguen?

A una persona que decidió contemplar los rasgos salientes del mundo que le toca vivir y esbozar sobre él los trazos que —mediante el Artista— salieron de su mano.

No es mucho más lo que debiera decir en este prólogo.

Sólo la posibilidad de que esta enunciación suene demasiado simple, obvia o hasta irrelevante hace que me explaye unos párrafos para corregir el equívoco. ¡Como si fuera poco decir a principios del tercer milenio que una mujer cristiana se atreve delinear tal trazo!

En tiempos en que mucha de la cristiandad "evangélica" sólo repara en temas que tilda de "espirituales" —y se desentiende de los horrores y las maravillas de este mundo—, una pensadora que reflexiona sobre la impronta de la mentalidad posmoderna, la presencia del mal en la historia y la realidad de un mundo cambiante es una excepción altamente bienvenida.

En tiempos en que muchos cristianos han decidido —inconscientemente, supongo— mantener el status quo preservándolo de la actitud inquietante del Espíritu Santo, una catedrática que medita acerca de la ética profesional, la participación cristiana en la sociedad y una revisión del pasado argentino es una excepción altamente necesaria.

En tiempos en que la iglesia que se promueve por aquí y por allá se encuentra abocada a la producción de estrategias de marketing para "extender el evangelio" –sin reparar en los principios contrarios al evangelio que incorpora a sus proyectos-, alguien que reconsidera la potencialidad de Jesús como maestro, el compromiso en la comunidad cristiana, y la realidad y las posibilidades de la iglesia es una excepción altamente recomendable.

Elsie nos anima a interpretar el universo que se aparece ante su mirada: trazos de un jardín inconcluso —y hasta a veces desesperante— pleno de desafíos y posibilidades, ámbito vital en donde conviven la presencia insoslayable de Dios con la doliente negación humana de la misma, territorio en donde la semilla de la fe es conmovida una y otra vez —y esto, lejos de aplastarla, la abona para su madurez—.

Pero no sólo eso. También nos anima a interpretar este universo desde los ojos y el corazón de Dios, desde la sensibilidad orientante del Espíritu, desde el ejemplo del Hijo encarnado; trazo capaz de darle un lugar preponderante a la fe, la esperanza y al amor. Impronta que no se guarda –temerosa, en el templo- sino que se hace escrito y "abre mundo", abre verdadera fe, abre espiritualidad derivada de un

Jesús contextualizado, abre vida capaz de ser agente del reino de Dios y su justicia.

¿Qué podemos encontrar en las páginas que siguen?

A una persona que decidió contemplar los rasgos salientes del mundo que le toca vivir y esbozar sobre él los trazos que —mediante el Artista— salieron de su mano; mano animada por la fe que —a decir de sus propios versos—

"... crece, crece lentamente.
Como los almendros, con flores pausadas,
crece con el tiempo".

Fruto de esta inquietud de fe, disfrutemos ahora de sus "Trazos".

Wilfredo Weigandt

Presentación

Sí, estos artículos son apenas trazos que han ido quedando a lo largo del camino.

Pienso que reflejan los paisajes duros tanto como las celebraciones de la vida y del amor de Dios. También veo que registran muchas dudas. Pero la vida es así. Sería falso ocultarlo.

Son artículos que han andado de cajón en cajón, desparramados en carpetas y en muchos casos terminaron en el cesto de papeles. Algunos comenzaron a publicarse durante lo que yo llamaría "mi espiritualidad incipiente" de los años 60. Luego, acompañando mi carrera de filosofía en los años 70 aparecieron otros, y finalmente los de mis años maduros, en los que Dios se hizo cada vez más real, mostrándome su fidelidad y su amor de maneras inconfundibles. Algunos de ellos ven la luz por primera vez.

Si no hubiese sido por la persistencia de mi esposo David, que los ordenó, fotocopió y escaneó, según el caso, habrían terminado durmiendo en algún rincón. A él va mi agradecimiento en primer lugar.

Pero también a todos los que me fueron alentando a lo largo del camino al publicarlos sus revistas, mostrándome que no eran trazos inútiles.

Que Dios pueda usarlos nuevamente.

ÍNDICE

Prólogo 3
Presentación 7
Índice 9
Encuentro con Dios 11
Reflexiones sobre la homosexualidad 15
El enigma de Dietrich Bonhoeffer 21
El perfil pedagógico de Jesús 29
Ética profesional y ética personal 37
Algunas explicaciones del mal 43
¿Es posible la certidumbre? 49
Las parábolas de Jesús y el sentido de la historia 55
Notas para una ética evangélica 61
Realidad y posibilidades de la iglesia 69
Reflexiones acerca del pasado argentino 75
Discriminación sexual del lenguaje 81
Ideas de lo sagrado 85
El síndrome del lunes 89
Hacia un arte "evangélico" 93
Kierkegaard el hombre 97
Reflexiones en torno a la libertad 103
Viaje al "otro reino" 107
Lo subjetivo y lo objetivo de la fe 111
Cómo enfrentar la mentalidad posmoderna 115

ENCUENTRO CON DIOS

¿Puede ser real una experiencia de encuentro con Dios? Por lo pronto creo que no hay tal cosa como un 'modelo válido' ni una experiencia que sirva para todos.

Cada uno de nosotros va labrando una imagen interior que es el resultado de múltiples líneas de fuerza que se van sumando o desplazando a lo largo de los años, en una lenta gestación. Dentro de este complejo campo de fuerzas que es nuestro yo, Dios elige el momento oportuno, aquel en que todas las circunstancias estarán dadas para que su jugada sea la óptima, la que nos permitirá reconocerlo por lo que es: Dios.

Mi encuentro con Dios no fue exactamente la culminación de una búsqueda deliberada, ni tampoco el punto de llegada de un esfuerzo racional—aunque hubo mucho de eso. Fue sencillamente una experiencia que tuvo lugar en pocos minutos pero que constituyó el elemento decisivo que plasmó toda mi vida.

Comparada a otras veces que creí haber tenido la seguridad de 'la existencia de Dios'—seguridad que luego se demostró inestable y transitoria— esta experiencia tuvo la cualidad de persistir en el tiempo con una insistencia molesta y perturbadora. A veces, incluso, hubiera querido deshacerme de ella, descartarla como evidencia, dudar al menos de su validez. Pero siempre terminó chocando con su irrevocable genuinidad.

Creo que es un poco inútil tratar de describir una experiencia así. Sólo perciben su sentido aquellos que han pasado par ella, pero difícilmente es captada, menos aun aceptada por quienes la desconocen.

Hace muchos años las actividades de la iglesia me habían terminado por cansar. El mundo religioso me parecía, el escenario de innumerables afanes insignificantes y harto dudosos, montados por lo general en una atmósfera de pequeñez y falta de caridad. Incluso la existencia de Dios—una cuestión que por mucho tiempo me había resultado polémica y apasionante—había dejado de interesarme. Se había esfumado de mi mente como esos hechos que consideramos carentes de importancia. Sólo de vez en cuando me volvía una sensación incómoda, como la que se siente cuando hemos dejado alguna cuestión sin resolver pero no llegaba a sentirme culpable por mi desinterés.

Una tarde de invierno me encontraba recortando láminas de revistas, colocándolas prolijamente en sobres. Mi objetivo era reunir material con ideas sobre el

hogar. Cómo empapelar, cómo cocinar ciertos platos, cómo hablarle del sexo a los niños. De pronto me detuve a mirar atentamente el decorado de un baño: azulejos color turquesa y cortinas del mismo tono, con flores blancas. Preparé las tijeras y, en ese mismo instante, pasé del interés que me producían las figuras a una súbita sensación de desconcierto espiritual. ¿Qué tenía que ver mi vida con el color turquesa? ¿Con cortinas con flores? ¿Qué tenía que ver la vida en general, con estas u otras cosas? Trate de apelar a las muchas razones que se dan para justificar el sentido de la existencia pero en este momento pensé que no eran sino excusas que buscamos para poder disculpar, por pudor, el bochornoso hecho de que nuestra vida carece de sentido.

Cerré de golpe la revista y sentí la intolerable seguridad de que estaba viviendo sin saber por qué. Me disponía a hacer otra cosa cuando comencé a percibir una extraña sensación de quietud total; como si el espacio se hubiera convertido en un vacío enorme y el tiempo se hubiera detenido. Mi mente había quedado vacía. No lograba concitar ni un solo pensamiento, ni siquiera una imagen visual. ¿Ese espacio vacío era yo? ¿Quién era yo? ¿Esa nada cada vez menos real y tangible? Sentía como si me fuera succionando una nada indefinida. Un ámbito sin determinaciones a las cuales aferrarme y poder decir "aquí está esto" o " yo soy aquello". Nada. Y allí en ese nada, sentí de pronto que estaba frente a Dios. ¿Cómo supe que estaba frente a él? No lo sé. Pero me sobrecogió como sólo puede sobrecoger la presencia de aquel que es Señor y Dios del universo. En ese mismo instante capté mi vide en toda su profanidad y finitud. Y como surgidas de la nada se me impusieron las palabras "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado." Lo último en lo que yo hubiera querido pensar. Pero fue precisamente a través de esas palabras que comprendí de pronto que todo mi derecho a la existencia —cosa que hasta ese momento me había parecido una cuestión personal e inalienable, dependía de otro ser, de Jesucristo.

No podría dar ahora, como tampoco pude dármelas en ese momento, las razones por las cuales acepté el amor de Jesucristo como un hecho, como una simple verdad.

Recuerdo que en las primeras horas que pasaron después, experimenté por primera vez una extraordinaria percepción de la belleza del universo. Desde cada hoja y cada piedra parecía llegarme el mensaje milenario de esa coherencia y armonía que envuelve la creación.

Comenzaron a desencadenarse una serie de vivencias radicalmente nuevas para mí. Las había oído descriptas por otros pero siempre las había encontrado incómodamente dudosas o imposibles de aceptar. Sin embargo, allí estaba yo, experimentando la total seguridad de pertenecer a Dios por un vínculo indestructible fundado en el amor. Ese solo hecho hacía que toda mi existencia pareciera valiosa y

plena de sentido. Recuerdo que experimenté una humildad y un amor desconocidos para mí, que me hicieron sentirme enlazada al destino de todo otro ser sobre la tierra.

Han pasado muchos años pero todo aquello retiene la frescura de un hecho inmediato en el tiempo. Vez tras vez el persistente ataque de la duda intentó desconocer esa experiencia, y hubo períodos en los que logré silenciarla en aras de una supuesta "honestidad intelectual". Pero esta verdad vivida en el plano de la experiencia personal superó la angustia y el desconcierto de sentir que la razón choca con un misterio aún no revelado.